

ADAM SMITH Y EL TERCER MUNDO

UNA RELECTURA ANOTADA

Andre GUNDER FRANK

RESUMEN: Con base en párrafos de La riqueza de las naciones, el autor nos hace ver que Smith señaló desde dos siglos atrás las funestas consecuencias del nacimiento del capitalismo, su desarrollo en Inglaterra y su expansión fuera de Europa. Recomienda leer a Smith más allá de donde conviene a los profesores reaccionarios.

Con motivo del bicentenario de la publicación, en 1776, de la obra maestra de Adam Smith, y en ocasión del surgimiento de una fuerte corriente de «tercer-mundismo» que promueve un supuesto «nuevo orden económico internacional», es oportuno también reivindicar para los pueblos del Tercer Mundo al «padre» de la Economía Política (o “ciencia” económica) y de poner la sabiduría de Adam Smith al servicio de una teoría con la cual se pudiese combatir «la cruel injusticia» de un sistema que significa «para casi todas las naciones de Asia, África y América» un «suceso ruinoso y destructivo» que a los «nativos tanto de las Indias Orientales como Occidentales» los ha «sumergido y perdido en tremendas desventuras» como el mismo Adam Smith escribiera ya dos siglos atrás.

Parece increíble —y para nosotros inaceptable—, que de alguien con tal criterio en 1776 se hubiesen apropiado, a la postre, exclusivamente los economistas «clásicos», «neoclásicos» y «keynesianos» que aún hoy niegan que es el orden económico capitalista, internacional y nacional, el que hunde a los pueblos del mal llamado Tercer Mundo en desventuras cada vez mayores. Por mucho que Adam

Smith no tenía aún —y antes de la Revolución Industrial no podía tener— una visión marxista del capitalismo, sí tenía una visión y comprensión mucho más realista y consecuente que las de quienes, desde entonces se apropiaron de su nombre para tergiversarlo. Por este motivo, recomendamos releer a Adam Smith para nosotros y nuestros pueblos.

Podemos iniciar nuestra lectura de *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* de Adam Smith publicado en 1776: «El descubrimiento de América, y el del paso a las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza, son dos grandes eventos inscritos en la historia de la humanidad. Sus consecuencias ya han sido muy grandes (590)*. . . Por tanto en los cargamentos de la mayor parte de los barcos europeos que navegan a la India la plata ha sido generalmente uno de los artículos más valiosos. Es el artículo más valioso en los barcos de Acapulco que navegan hacia Manila. La plata del Nuevo Continente parece ser de tal manera uno de los bienes principales merced al cual el comercio entre las dos extremidades del viejo se realiza, y es mediante ella en gran medida que esas distantes partes del mundo se conectan entre sí (207). Abriendo un mercado nuevo e inagotable a todos los bienes de Europa dio lugar a nuevas divisiones del trabajo y a mejoras de la manufactura que nunca habrían tenido lugar en el estrecho círculo del viejo comercio por falta de mercado que absorbiera la mayor parte de su producto. Se mejoró la capacidad productiva del trabajo y su producto aumentó en todos los diversos países de Europa así como, a la par, el ingreso real y la riqueza de los habitantes (416). Entre tanto, uno de los principales efectos de estos descubrimientos ha sido el de llevar el sistema mercantil a un grado de esplendor y gloria que de otra manera nunca habría alcanzado. El objeto de este sistema es enriquecer a una gran nación más por el comercio y las manufacturas que por la mejora y cultivo del campo. Pero, como resultado de estos descubrimientos, las ciudades comerciales de Europa, en vez de ser los fabricantes y transportadores para sólo una pequeña parte del mundo se han hecho los fabricantes para los numerosos y prósperos cultivadores de América, y los transportadores, y en cierta forma también los fabricantes, para casi todas las naciones de Asia, África y América (591 —esto, recordémoslo ¡se escribió antes de la revolución industrial!) . . . Una nueva serie de intercambios, por tanto comenzó a tener lugar de la que nunca se había soñado y que natu-

* Las citas son del original en inglés, la paginación es de la *Modern Reader*, edición publicada por Random House, New York, 1937.

ralmente debería haber sido tan provechosa al nuevo continente como ciertamente lo fue para el viejo. La cruel injusticia de los europeos convirtió un suceso que debió de haber sido benéfico para todos en ruinoso y destructivo para muchos de estos infortunados países (416). . . Uniendo en cierta medida las más distantes partes del mundo, capacitándolas para satisfacer mutuamente sus necesidades, para aumentar mutuamente sus satisfacciones, su tendencia general parecer ser benéfica. Sin embargo, para los nativos tanto de las Indias Orientales como Occidentales todos los beneficios comerciales que puedan haber resultado de estos sucesos se han sumergido y perdido en las tremendas desventuras que han ocasionado (590). En el corto período de entre dos a tres siglos que han pasado desde que se hicieron estos descubrimientos es imposible que se haya visto todo el alcance de sus consecuencias. Qué beneficios o qué desventuras para la humanidad pueden surgir de aquí en adelante de estos grandes acontecimientos, ninguna sabiduría humana puede preverlo. . . » (590)

Cuanta razón tenía Smith podemos observarlo con dos siglos de retrospecto más, al hallar imposible prever todo el alcance de los resultados futuros de estos sucesos. Pero su propia observación le permitió ver las tremendas desventuras que habían resultado de tales sucesos del pasado; y además, Smith tuvo la sabiduría de prever al menos la posibilidad de que, al par que beneficios, pudieran resultar también otras desventuras para la humanidad de la nueva serie de intercambios y del sistema mercantil que, por su parte, los seguidores neoclásicos de Smith desde entonces, y por más que pretendan guiarse por su perspectiva, no pueden ver ni con ayuda del tiempo retrospectivo.

Nótese como Marx retoma esta misma visión smithiana en sus observaciones sobre el comienzo de la historia moderna del capital, con la creación en el siglo xvi de un mercado de amplitud mundial, así como en su discusión contra el mismo Smith acerca de la llamada acumulación primitiva.

Tocante a las motivaciones o ambiciones de los primeros colonizadores europeos en las diversas partes del Nuevo Mundo, Smith escribió: «Como resultado de los informes de Colón, el Consejo de Castilla determinó tomar posesión de países cuyos habitantes eran evidentemente incapaces de defenderse. El piadoso proyecto de convertirlos al cristianismo santificó la injusticia del proyecto. Pero la esperanza de hallar tesoros de oro allí fue el único motivo que los empujó a emprenderlo. Todas las demás empresas de los españoles en el Nuevo Mundo posteriores a la de Colón parecen haber estado animadas por igual motivo. Fue la sed de oro. . . » (528-529). «Todo

español que se embarcaba para América esperaba hallar un Eldorado. También en esta ocasión la Fortuna hizo lo que había hecho en otras pocas ocasiones. Satisfizo en cierta medida las extravagantes esperanzas de sus devotos y en el descubrimiento de México y el Perú les regaló algo no muy diferente a la abundancia de metal precioso que habían buscado... Los primeros aventureros de todas las demás naciones de Europa que pretendieron establecerse en América estaban animados por las mismas quiméricas visiones, pero no tuvieron el mismo éxito. Ningún metal precioso ha sido descubierto nunca en las colonias inglesas, francesas, holandesas o danesas; al menos ninguno que se considere actualmente digno de trabajarse. No obstante los primeros colonos de Norte América ofrecieron al rey un quinto de todo el oro y la plata que se hallara allí como compensación por concederles sus privilegios. En los privilegios a Sir Walter Raleigh, a las compañías de Londres, de Plymouth, al concejo de Plymouth, etcétera, este quinto se reservaba en consecuencia a la corona. A la esperanza de hallar minas de oro y plata, estos primeros pobladores unían también la de descubrir un paso norte-oeste a las Indias» (531). Esto arroja ciertas dudas sobre las tesis weberianas más recientes acerca de la ética protestante en el Norte frente a la licenciosa perezosa avidez de Suramérica, y representa un importante primer paso hacia el establecimiento de diferencias objetivas en la base material de estas partes del Nuevo Mundo.

Smith también inició la explicación de por qué las diversas partes del Nuevo Mundo habían experimentado ya diversas suertes de desarrollo:

«Las colonias españolas, por tanto, desde el momento de su primer establecimiento atrajeron grandemente la atención de su metrópoli mientras que las otras naciones europeas fueron descuidadas por largo tiempo (hasta que las exigencias del desarrollo capitalista llamaron más la atención de otros europeos distintos de los españoles hacia el Caribe y aunque no más que la permanente atención de España por el continente). Las primeras quizá no prosperaron más como resultado de tal atención, ni las últimas menos en consecuencia de tal descuido» (534). En otro lugar Smith observaba además: «En el disfrute de su producto excedente, o lo que resta de él, supera a su propio consumo, las colonias inglesas han sido favorecidas y han gozado de un mercado más extenso (y puede añadirse han podido invertir el excedente del comercio doméstico e internacional en su propio desarrollo) que el de ninguna otra nación europea. Cada nación europea se ha esforzado más o menos por monopolizar para sí el comercio de sus colonias... pero la forma en que este monopo-

lio se ha ejercido en las varias naciones ha sido muy diferente». (541-42).

Esta distinción por Smith entre las varias maneras de ejercer el monopolio y entre los varios grados de "atención" y su observación acerca de las consecuencias de como "prosperan" las distintas colonias, puede aparecer que conduce sólo a una explicación del subdesarrollo en términos de factores "externos". Pero, aunque reconoce diferencias importantes en la «distribución de su excedente» asociado con diversas clases de relaciones metrópoli-colonias, la observación de Smith también indica las diferencias, necesariamente relacionadas con los modos internos de producción, entre colonias que son descuidadas, pero prosperan, y colonias que atraen la atención, pero no medran.

Examinando las «Causas de la Prosperidad de las Nuevas Colonias», Smith observó en 1776, el año en que las colonias declararon su independencia, acerca de algunas partes de Norteamérica: «Cada colono obtiene más tierra de la que tiene posibilidad de cultivar. No tiene que pagar arriendo y apenas algún impuesto, ningún terrateniente comparte con él su producto, y la parte del soberano es comúnmente insignificante. Tiene todos los motivos para producir lo más que pueda, que por lo tanto, será casi por entero suyo. Se afana por tanto, por conseguir trabajadores en todas partes y por pagarles los salarios más generosos. Pero estos salarios generosos unidos a la abundancia y baratura de la tierra hace que tales trabajadores lo dejen pronto para hacerse propietarios ellos mismos... los salarios son altos... En otros países el arriendo y las ganancias deprimen al inferior. Pero en las nuevas colonias el interés de los dos estratos superiores los obliga a tratar al inferior con más generosidad y humanidad al menos donde el inferior no está en estado de esclavitud» (532). En las colonias británicas de Norteamérica aun los esclavos fueron menos explotados que en las colonias británicas o francesas del Caribe.

También en este aspecto, pues, existe una importante coincidencia entre los puntos de vista de Smith y Marx respecto al análisis de modos de producción y su determinación del diferente desarrollo histórico en diversas partes del mundo, inclusive del hoy llamado «Tercer Mundo». Nótese como Marx retoma este mismo argumento de Smith en su propia discusión de la «Teoría Moderna de la Colonización» dedicado a la crítica de la política de Wakefield para Australia.

Aún respecto a la división del trabajo —ya no internacional, sino a secas— y sus beneficios supuestos para el progreso humano que Smith analiza en los primeros capítulos de su libro y que, sin lugar a duda, constituye la tesis más renombrada que se vincula a su nombre— en otra parte de su libro, como en el apéndice dedicado a la educación, dejó muy en claro que la especialización resultante y la descalificación de la mano de obra tienden a conducir hacia la imbecilidad del hombre y la pequeñez de espíritu —tesis que también retomará Marx en los *Manuscritos Filosóficos de 1844*, al tratar la alienación del trabajador bajo el régimen capitalista. Igualmente, por mucho que combatiera las restricciones del estado mercantilista, Smith tenía bastante claridad —en todo caso más que los que luego le negaron función alguna— acerca de la función del estado capitalista y su importancia para el desarrollo capitalista.

Así que, leyendo más allá de los tres primeros capítulos que sus tergiversadores se limitan a enseñarnos (tal como me aconteció en la cátedra de Historia Económica, en la Universidad de Chicago), Adam Smith aún nos puede ofrecer valiosas enseñanzas sobre las verdaderas consecuencias del viejo —y aún lejos del nuevo— orden económico internacional, acerca del análisis de modos de producción, sobre la organización del proceso productivo, implícitos en la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones que Adam Smith analizara magistralmente en 1776.

SUMMARY: Quoting "*The Wealth of Nations*", Frank shows that Smith pointed out two centuries ago the awful consequences of the raising and development of capitalism in England and its expansion all over the world. Frank advises us to read Smith's works, principally the parts that non-progressive professors forget.

RÉSUMÉ: L'auteur montre que Smith avait déjà dénoncé il y a deux siècles les conséquences funestes de la naissance du capitalisme, son développement en Angleterre et son expansion hors de l'Europe. Il fait la recommandation de lire Smith sans les limites marqués par les professeurs réactionnaires.